

EL MUNDO

Lunes, 19 de junio de 2006. Año XVIII. Número: 6.030.

DEPORTES

MUNDIAL 2006 La previa y los resultados

Alemania se enamora de Alemania

SE DESATA EN EL PAIS ANFITRION UNA OLA INÉDITA DE PATRIOTISMO - SE HAN VENDIDO MAS DE UN MILLON DE CAMISETAS DE LA SELECCION Y SE TEME QUE SE AGOTEN LOS BANDERINES PARA LOS COCHES

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

BERLIN.- Hace 10 días que Alemania se ha convertido en un mar de banderas. El país anfitrión vive sumido en la fiebre del fútbol, la excusa perfecta para disfrutar del ambiente festivo que se respira en todas las esquinas. Berlín, la capital, se viste todos los días de otros colores en función de las selecciones que jueguen esa jornada. Pero hay una que destaca por encima de todas, la tricolor teutona. Algo inédito en un país que siempre se ha guardado de presumir de símbolos nacionales y que sufre en silencio el lastre del Holocausto.

No obstante estos días el negro que simboliza la pólvora, el rojo de la sangre y el dorado del fuego engalanan las ventanas. Cuerpos, rostros, calvas o vientres, se visten de los colores patrios. Hacía 16 años, desde la caída del Muro, que Alemania no vivía algo parecido. Y los sesudos debates no se han hecho esperar.

Aunque para la mayoría de los que diariamente copan los alrededores de la Puerta de Brandeburgo para ver los partidos en las pantallas gigantes, los colores no son más que un atuendo festivo, otros ven asomar la superioridad de la raza aria. Alemania y la sombra de su pasado nazi. ¿Cuánto patriotismo está permitido en un país que quiso dominar Europa? «Es simplemente euforia y fiesta porque los alemanes están jugando bien», explica Thomas Schmidt, actor de teatro, a este diario, en Berlín. Es éste el sentir generalizado.

El mismo presidente federal, Horst Köhler, participaba en el debate que ocupa a todos los diarios. Considerado una de las instancias morales del país, el presidente calificaba ayer esta fiesta tricolor de una «señal de progresiva normalización en este país, donde todos pueden ondear su bandera sin complejos». Köhler, que confesó en una entrevista radiofónica ser un aficionado al fútbol, admitió sentirse aliviado porque no se han producido hasta el momento los temidos ataques xenófobos. Además la gente «necesita saber dónde está su hogar, sus tradiciones y la cultura con la que puedan identificarse».

Pocas veces se ha visto a los alemanes tan relajados y orgullosos de ser anfitriones del deporte rey. No sólo tienen un Papa teutón, como se encarga de recordar machaconamente el populista Bild, sino que además su selección está haciendo las cosas bien. Ha luchado con garra en los dos partidos disputados y vencidos. En una semana ha logrado desatar una ola de optimismo, que ha sumido a Alemania en un carnaval. Una fiesta que ha contagiado hasta la política.

La imagen de Angela Merkel, que no destaca precisamente por su gracia, el miércoles en el estadio de Dortmund, celebrando eufórica el gol de Neuville, lo dice todo. Ni siquiera que a su lado en la tribuna, su homólogo polaco, el presidente Lech Kachinsky, sufriera en silencio cada tiro a puerta de los alemanes, impidió que la mandataria diera rienda suelta a sus sentimientos.

Klinsmann ha devuelto a los alemanes el orgullo patrio. Se agotan las camisetas del once teutón, de las que Adidas ha vendido más de un millón de ejemplares. Los coches portan banderas en el techo que pueden adquirirse por el módico precio de seis euros. En el barrio berlinés de Kreuzberg se han agotado. En los grandes almacenes temen que de cara al martes, cuando Alemania se enfrente a Ecuador, acaben con sus últimas reservas.

© Mundinteractivos, S.A.